

El miedo a la transformación en las escuelas de la sociedad de los nuevos medios y tecnologías de la comunicación

Tecnofobias y tecnofilias en la escuela

J. Luis González Yuste
Barcelona

En el artículo se reflexiona sobre los posicionamientos de resistencia y entreguismo que se manifiestan en la realidad educativa ante la necesidad de dar una respuesta a la cambiante realidad de los medios y las nuevas tecnologías. Tecnofobias y tecnofilias, consecuencia del tradicional miedo al cambio y la transformación, que se manifiestan con rostros distintos, pero siempre consecuencia de posturas carentes de análisis crítico y reflexivo. Así, desde esta perspectiva, el autor hace una aproximación a la escuela atendiendo a la necesidad de integrar la Educación en Medios como área de aprendizaje –transversal y específica–, y la posibilidad de que la escuela acepte el reto de educar desde las nuevas tecnologías, decodificándolas e interactuando con ellas.

1. El miedo al cambio y la transformación

Bacon escribió: «la imprenta, la pólvora y la brújula han cambiado la faz del mundo». Con ellas había llegado un orbe distinto, un universo que «renacía» y se llenaba del Nuevo Mundo que había encontrado. Aquellos inventos y descubrimientos, hijos de la cultura en la que germinaron, eran algo más que artefactos excepcionales y asombrosos. Con la brújula se dio norte a nuevos caminos, la pólvora inauguró nuevas estrategias de paz y de guerra, y la imprenta expandió el horizonte del conocimiento. Encarnan, en el más amplio sentido, el vivo reflejo de un espacio que se abre, que se ensancha hasta que hace estallar lo antiguo en mil pedazos. Pero, al mismo

tiempo, y justamente por ello, se alimentaron nuevas dudas, inestabilidad y desequilibrios. Miedo.

Podemos encontrar en nuestra «contemporaneidad» un proceso similar –en el que se manifiestan los distintos miedos– al simbolizado por «la imprenta, la pólvora y la brújula». Otros tres inventos/descubrimientos surgidos en esta última mitad del siglo XX, han vivificado ese sentimiento de crisis característico de un mundo, siempre en continua transformación, que sufre/disfruta de cambios acelerados. Además, curiosamente, las áreas en las que inciden directamente las novedades tecnológicas son coincidentes con las de la Era de los Descubrimientos. Como la pólvora, el po-

tencial bélico del átomo y la energía nuclear han marcado un orden mundial nuevo. Al igual que la brújula abrió nuevos caminos en la Tierra, los viajes espaciales han roto las últimas fronteras del universo conocido. Y, como no, la significación de la imprenta encuentra su paralelismo en la explosión de los medios y las tecnologías avanzadas de la información y la comunicación.

Las profundas transformaciones sociales encarnadas en estos procesos también han generando niveles importantes de ansiedad y angustia en las generaciones que son y han sido actores/espectadores de su nacimiento y evolución. Superados –aparentemente, al menos– los temores a la posible destrucción total del planeta a partir de la violencia nuclear, y abandonada –a modo de objetivo prioritario– la carrera espacial, queda la vertiginosa implantación de las tecnologías de la comunicación como factor de crisis en plena vigencia.

Otra vez, irreductiblemente, el miedo al cambio y la transformación. En estos momentos es aquí, en el área mediática, donde –como un nuevo milenarismo– se concitan todas las dudas y expectativas de fin de siglo. Concretamente, despiertan una atención máxima aspectos como la desinformación o la deshumanización ligados al desarrollo de los nuevos medios. Por ello se reclama, insistentemente, una adecuada educación en comunicación. Así, por extensión, muchos de los tradicionales fantasmas alcanzan a la institución educativa y se instalan en la escuela.

2. Tecnofobias y tecnofilias: los miedos a los medios en la escuela

Nuevamente la escuela. En ella se desta-

pan –otra vez– las eternas contradicciones ante el cambio y la transformación. Especialmente, por la necesidad de una toma de posición distinta ante la educación en comunicación y desde las nuevas tecnologías. Y esta

necesaria transformación, a su vez, genera miedo. Y no es que en la escuela y en la profesión docente no existan otros miedos, algunos endémicos. Existen. Y sobre todo alrededor de la figura del profesor. Como toda labor realizada ante un «público», abundan las inquietudes, las inseguridades. Persistentemente aparece en el educador el miedo a aburrir a los alumnos, a la hostilidad del grupo, a la pérdida de control en la clase... Y con el impacto de la sociedad de la comunicación, y sus incesantes giros, aún más.

Entonces los referentes inmediatos sobre los que tradicionalmente se ha sustentado la figura docente desaparecen. Cuando las certidumbres que han cimentado a la institución educativa se resquebrajan. Cuando los mínimos

anclajes que afianzaban el Sistema educativo han sido desbordados. Es entonces cuando los miedos, nuevos y viejos, se disparan. Y lo hacen con rostros que, aparentemente, son antagónicos.

Por un lado, como de las oscuras cavernas surgen los que se aterrorizan ante cualquier innovación. Son los que se resisten al cambio, a asumir la nueva realidad mediática y las necesidades educativas que comporta. Enfrente, aquéllos que rápidamente se echan en brazos de la mínima vanalidad catalogada como «novedad» para estar continuamente en primera fila, y situarse, las más de las veces, en la «vanguardia de la nada». Son aquéllos que se entregan sumisamente, sin reflexión ni análi-

Es el área mediática, donde –como un nuevo milenarismo– se concitan todas las dudas y expectativas de fin de siglo. Concretamente, despiertan una atención máxima aspectos como la desinformación o la deshumanización ligados al desarrollo de los nuevos medios. Por ello se reclama, insistentemente, una adecuada educación en comunicación.

sis, al poder de los nuevos medios y tecnologías de la comunicación.

Dos caras de la misma moneda. Unos y otros, en incesante dialéctica, tensan la cuerda de la realidad provocando reacciones airadas en sus «opponentes» y generando nuevos resentimientos, pero sin aportar nada. Son actitudes ciegas de resistencia o entreguismo. Tecnofobias y tecnofilias, generalmente apresuradas, fruto de un conocimiento superficial de la significación de la novedad. Posicionamientos que están ahí permanentemente, atentos a difundir un discurso apocalíptico, respecto del ayer o sobre el mañana, pero siempre desde posiciones simplistas, lejanas de todo pensamiento crítico. Son muestra y prueba de miedos reconocibles, renovados, pero superables si se distinguen y se contrarrestan desde un enfoque de educación para la realidad y con la realidad.

2.1. Miedo 1: La competencia seductora de los medios (una educación para los medios)

Resulta curioso observar cómo aún hay ciudadanos que se extrañan de encontrarse con «la sorpresa» de que en los medios de comunicación existen valores. Y lo más extraordinario es que estos valores sólo causen indignación y escándalo por algunos de sus contenidos. ¡El sexo! Se clama desde algunos sectores... ¡La violencia! Se lamenta desde casi todos. La respuesta fácil que se aporta –y, desgraciadamente, muy habitual– es la de reclamar censura, cortes y recortes.

Otros, más analíticos, encuentran que los medios únicamente realizan aportaciones culturales de carácter efímero, superficial o sensacionalista. Llegan, incluso, a dar la alarma sobre sus desequilibrios, dispersiones y fundamentalmente la «cultura mosaico» que generan. Y entonces es cuando se comienza a reclamar una educación para los medios.

En este momento la responsabilidad llega a la escuela. Pero, en ella, ¿qué se dice?, ¿qué se hace? Inicialmente los medios son mayoritariamente percibidos en su calidad de competidores. Se les acusa de «despistar» –por no traer

a colación otros términos despectivos más usuales– a los jóvenes de sus objetivos académicos, a través de la avalancha de imágenes y la abundancia de mensajes que les proporcionan. El miedo al poder de convocatoria y su capacidad de fascinación hace que desde la escuela, en general, se tome una actitud «protectora» sobre los niños y jóvenes ante los medios.

Así, no es extraño encontrar a profesionales de la educación defendiendo una educación para los medios argumentando el carácter deshumanizador, casi perverso y maligno de la televisión. No se habla de enfrentarse a ella ilustrando sus contenidos e interpretando sus formas, transformándola en un conjunto coherente que aporte respuestas a las necesidades de comprensión del medio que los alumnos presentan.

Lo corriente es que en los «templos del saber» aparezcan los medios como blanco de todas las iras. Se desarrolla, de esta manera, una enseñanza «vacuna» en el marco de una escuela «antídoto». Esta concepción –y la consiguiente falta de respuesta a la cultura de los medios– contribuye, cada día más, a un alejamiento de la realidad y las experiencias de los adolescentes incidiendo, manteniendo y agrandando la brecha entre el Sistema educativo y los medios de comunicación.

Es así como, una vez más, adquiere sentido McLuhan cuando dice que desde el momento en que un niño deja su pantalla de televisión para ir a la escuela, no puede hacer otra cosa que regresar a ella. Se coloca, con esta actitud, un ladrillo más en el muro de la incompreensión entre ambos mundos: escuela y medios.

2.2. Miedo 2: El tren de la modernidad (una educación desde las nuevas tecnologías)

Electrónica, digitalización. Redes y satélites. Información o comunicación. Nuevo, avanzado, actual, en boga... ¿Palabras?, ¿realidades?, ¿futuro?, ¿un permanente retorno al pasado? Lo cierto es que las nuevas tecnologías están por todas partes. Ya no se ven. Los

«nuevos medios» se mezclan, confunden, integran, y transforman con los «viejos medios». Se han transmutado. Su presencia en todos los actos de la vida, ya desde los primeros llantos, las ha integrado completamente en lo cotidiano.

Se puede afirmar que se han vuelto invisibles. Realmente son tan habituales que se ha perdido la conciencia de su presencia y, sobre todo, de su trascendencia para el funcionamiento de la sociedad. Sólo se percibe su importancia cuando fallan o no las encontramos. ¿Un apagón? Antes eliminaba la luz. Dificultaba, por ejemplo, la posibilidad de escribir. Ahora, la desactiva. Pero además, puede impedir recibir o transmitir información y, por supuesto, establecer una comunicación en las condiciones habituales.

Por ello más allá de su capacidad funcional o práctica, no debe olvidarse que ningún medio o tecnología, vieja o nueva, es neutral o aséptica. Evidentemente, todas estas novedades tecnológicas, y la dependencia que generan, tienen una incidencia cultural que debe ser tenida en cuenta. Es necesario, por tanto, salvar su invisibilidad y «vislumbrarlas y examinarlas» para comprender cómo modifican la forma de interactuar con la realidad y, también, la forma de entender el mundo.

Así, ante la avalancha –y la importancia– de novedades tecnológicas aparece el miedo a perder «el tren de la modernidad». Y también desde las instituciones educativas se argumenta alegremente que su incorporación posibilitaría un más fácil acceso al «conocimiento». ¿Conocimiento? La explosión en la cantidad de información –y el consiguiente aumento de ruido–, su falta de estructuración y profundi-

dad, la superficialidad y estandarización de los mensajes, la espectacularización de los contenidos, la expansión de una industria cultural –que difunde y promueve determinados valores sociales–, la modificación de las coordenadas de tiempo y espacio, la posibilidad de desarrollar un mayor nivel de inter-

actividad, lejos de proporcionar «el conocimiento» plantean nuevas cuestiones a las que dar respuesta.

La intuición de que la escuela debe integrar las nuevas tecnologías es cierta, pero ¿por qué?, ¿en qué condiciones?, ¿para qué? Hay que comenzar por dar una significación a las nuevas tecnologías. Los medios, los nuevos y los viejos, no pretenden ofrecer conocimiento, como tampoco tienen el fin de formar ni informar. Su objetivo es conquistar usuarios o audiencia. Esto los aleja, y también a las nuevas tecnologías, de la idea de conocimiento con la que, a veces interesadamente, se trata de confundir la simple información. Hay que ser, por tanto, prudentes. Echarse en brazos de cualquier nueva tecnología o

medio, sin reflexión, por miedo a quedar desfasado sería un error. Contrariamente, dotar de sentido y significado a la realidad tecnomediática es una nueva asignatura que la escuela debe aprobar, convirtiéndose así en un instrumento de la sociedad para intervenir en la realidad.

2.3. Miedo 3: El fin de la escuela (¿qué modelo?)

El cambio, la transformación, no sólo son inevitables. Además, son irreversibles. Cualquier joven, tras todo el día en la escuela, «necesita» y se «abandona» a un poco de televisión, a navegar por Internet, entrar en «chats»,

La intuición de que la escuela debe integrar las nuevas tecnologías es cierta, pero ¿por qué?, ¿en qué condiciones?, ¿para qué? Hay que comenzar por dar una significación a las nuevas tecnologías. Los medios, los nuevos y los viejos, no pretenden ofrecer conocimiento, como tampoco tienen el fin de formar ni informar.

los videoclips... Hay un cambio cultural, más allá de la mera recepción, que nace en la propia naturaleza del proceso. Se han modificado las maneras en que circula la información y se construye el conocimiento, constituyéndose nuevos modelos de identidad y socialización, y consolidándose diferentes prácticas y costumbres. En realidad, se ha superado la cuestión tecnológica y mediática, cuestionándose todos los argumentos tradicionales.

Y ante esto surge un nuevo miedo. ¿Qué va a ser de la escuela? ¿Cuál va a ser el modelo educativo? Indudablemente, la institución escolar ha de encontrar su sitio frente a la sociedad de los medios, o perecer. Al menos en un sentido de educación para la realidad. En su competencia está garantizar una reflexión sobre todas estas cuestiones, desde la actual globalización hasta el importante exceso de información, ¿podemos utilizar el término «desinformación»? Transformarse para «aprender de los medios» en lugar de «aprender por los medios» y, así, apropiarse críticamente de sus contenidos y descifrar los cambios que conducen. Explorando nuevas temáticas, abriéndose a otros modos de conocimiento y adquiriendo nuevas dinámicas de estimulación es como la escuela puede aún «encontrarse» con su sociedad.

Iniciar este camino supone no sólo un cambio de los contenidos de la Educación para los Medios, sino también un cambio metodológico. Se trata de desarrollar un aprendizaje de y para el contexto, a través de un conocimiento que parte de la realidad y que constantemente remite a ella. En esta renovación necesaria para una educación sobre los medios y

las nuevas tecnologías de la comunicación una pregunta aparece persistentemente: ¿supone este cambio el fin para la escuela?

No tiene por qué serlo... aunque lo parezca. Es cierto que se modifica de forma trascendental la dinámica educativa. «Aprender a

aprender», y más concretamente, aprender a aprender «a lo largo de toda la vida» será la auténtica condena-liberación. Será una penitencia si triunfa el modelo tecnocrático de una educación pragmática para la vida laboral. Será, en cambio, una emancipación si el modelo humanista de formación y transformación de la sociedad-realidad tiene alguna oportunidad. Respondiendo, por tanto, a la pregunta planteada, puede ser el golpe definitivo a la escuela tradicional e instruccional. Si bien esto no significa el fallecimiento de la escuela, sí supone su evolución. Suerte.

2.4. Miedo 4: El medio como solución (la varita mágica para la educación)

Amor y odio. Amor a la comunicación y odio a la educación. O al revés: se detesta lo comunicativo y se prestigia

lo educativo. Son constantes. Unos y otros, comunicadores y educadores, se buscan y se encuentran y ¿luego? Se rechazan. Sin embargo ocasionalmente si se han «amado». Una relación tensa, pero intensa. ¿Cómo? De diversas maneras. Normalmente, desde la escuela se ha percibido a lo comunicativo como un recurso instrumental, las más de las veces de motivación-entretenimiento. Para que la materia sea más digerible se «les puede pasar un vídeo». Es un ejemplo más habitual de lo que sería deseable. En él se encuentran las prácticas de «concepción y uso» más habitual sobre

Transformarse para «aprender de los medios» en lugar de «aprender por los medios» y, así, apropiarse críticamente de sus contenidos y descifrar los cambios que conducen. Explorando nuevas temáticas, abriéndose a otros modos de conocimiento y adquiriendo nuevas dinámicas de estimulación es como la escuela puede aún «encontrarse» con su sociedad.

los medios y las tecnologías educativas.

En la faceta «instrumental» de este enfoque se admite la utilización educativa de los medios como estrategia y recurso, pero se echa en falta una reflexión sobre los mismos. Se parte de la premisa de que la tecnología es neutra y tiene una capacidad meramente funcional. Así, sobre esta base se introduce en la escuela como instrumento o como área. En definitiva, se utilizan los medios, pero sin cuestionar el tipo de contenidos que vertebran y sin analizar el mensaje o las formas de representación utilizadas.

En otras aplicaciones se atiende al beneficio que los medios aportan al proceso de enseñanza-aprendizaje. Se supone que su presencia tiene, en el mejor de los casos, un valor motivador que cataliza las expectativas del alumno hacia un aprendizaje significativo. En la peor de las prácticas, se utiliza como un instrumento de distracción/contención convirtiéndose en un pasatiempo entretenido.

Ciertamente, la escuela tiene que acercarse a los medios, y además tiene que integrar en su seno tanto las posibilidades del entorno comunicativo como sus discursos y relatos. Pero ¡hay que tener cuidado! El miedo a la pérdida del control en el aula o a la hostilidad de algunos miembros del grupo por la falta de una motivación adecuada, puede generar un uso abusivo o erróneo de los nuevos medios o tecnologías.

Así, algunos profesores por desidia, otros por vocación, pueden utilizar los medios como meros instrumentos que funcionan educativamente «por sí mismos», sin necesidad de una metodología acompañante, base del proceso pedagógico y de la práctica educativa. De no erradicarse estas prácticas, en el fondo y en la

experiencia podría aplicarse la formulación «lampedusiana» de que «todo cambia para que todo siga igual».

2.5. Miedo 5: *El poder docente (...y del docente)*

Históricamente, la mínima modificación en las apacibles y reposadas aguas de la escuela tradicional, ha destapado la caja de los truenos. Y concretamente en relación a los medios de comunicación, con los que, desde el principio, el sistema de enseñanza ha actuado a la defensiva, tratando de protegerse de un entorno enormemente variable para el que no

tiene diagnóstico. Esta postura esclerótica marca un mayor desfase, sobre los ya existentes, respecto de los procesos comunicativos que dinamizan la sociedad. Miedo al cambio, por tanto. Pero ¿qué ocurre cuando se altera la apatía y la inercia en la que se conforma inalterable y previsible el entramado institucional educativo?

Respecto de la Educación para los Medios, con la necesaria utilización creativa y expresiva de los mismos, se recoge la eterna disputa que enfrenta a imagen y texto. Tradicionalmente el modelo de comunicación que subyace a la educación es el que instituyó

el texto impreso. La escuela encarna y se encarga de prolongar este «régimen de saber» porque, además, coincide plenamente con la forma sucesiva y lineal en la que ella misma se concibe. Este debate, que fomenta una inútil rivalidad y un combate de exclusión, cada vez tiene menor sentido. Es una polémica estéril que debe desterrarse planteando un enfoque más cuidadoso, por el que se integre texto e imagen desde una complementariedad constantemente revisada y corregida.

Por otro lado, aparece lo que muchos pro-

El objetivo es reivindicar un modelo de enseñanza crítica y reflexiva capaz de formar para los medios y desde las nuevas tecnologías, respondiendo a los actuales retos académicos y educativos, laborales y sociales, y por supuesto, el desafío cultural.

fesores entienden como la decadencia del ya muy desgastado poder docente e incluso en la posible supresión de su figura. Cabría decir, en este caso, y parafraseando a Isidro Moreno cuando ironiza sobre este tema, que el profesor que pueda ser sustituido por una máquina «es que se lo merece». Lo que se esconde tras este temor es más una falta de perspectiva que una remotísima posibilidad. Al contrario, la tendencia indica que, incorporando las nuevas tecnologías y recogiendo la realidad cultural en la escuela, la figura del docente se hace más necesaria e imprescindible que antes. Y ello es porque la existencia de potentes medios tecnológicos, que presentan y distribuyen la información de manera distinta, necesitan de nuevos caminos pedagógicos que el docente puede y debe aportar. Pasaría de ser una figura cuya autoridad se asienta sobre el monopolio y la exclusividad de la sabiduría a ser un elemento fundamental en el proceso de construcción del conocimiento, entendido como producto social. O al menos, de eso se trata.

2.6. Miedo 6: El recurso educativo (las nuevas y caras herramientas)

Los profesionales de la educación –muchas veces «obreros de la enseñanza», cuando se dedican con competencia y firmeza a su función social– son individuos activos y experimentados con sus propias maneras de entender su práctica y llevarla adelante. Tratan, por ello, de conseguir los mejores recursos para cumplir sus objetivos pedagógicos. El miedo a no poder transmitir los conocimientos o habilidades necesarias por falta de recursos y el

miedo a que los alumnos bajo la responsabilidad del profesor no progresen hace que se bucee en todas las novedades. Y entre ellas ¿quién presenta un mejor gancho que las nuevas tecnologías?

Sin embargo, la experiencia demuestra que utilizar una nueva tecnología, por el hecho de serlo y sin reflexionar sobre su uso, puede significar entrar en una dinámica pedagógica contraria a la que se pretendía inicialmente. Por ello hay que estar al tanto para, tras la fascinación inicial y la presunción de mejora en la calidad de la enseñanza no estar colaborando, ingenuamente, en las campañas de comercialización y venta de tecnología de cualquier empresa avispada.

De ser así, toda esta oleada tecnocrática pierde su sentido educativo y cualquier intento de renovación educativa acaba ahogándose en la vorágine mercantil. Ésta es una cuestión clave a tener en cuenta si se quiere propiciar un auténtico progreso en la calidad de la enseñanza, al tiempo

que contribuir a la inserción del Sistema educativo en la nueva sociedad de la información y la comunicación.

2.7. Miedo 7: Nuevos papeles para los mismos actores (la película de la enseñanza)

Que un alumno lleve ventaja en algo a un profesor puede resultar una complicación. Cuando, en ciertas áreas del conocimiento –como los nuevos medios y tecnologías–, esta circunstancia se generaliza hace su aparición un nuevo miedo. Sobre todo para aquellos profesores encasillados en una mentalidad lineal-tradicional del modelo educativo. En realidad, todo el nuevo engranaje de un Sistema

El profesor que pueda ser sustituido por una máquina «es que se lo merece». Lo que se esconde tras este temor es más una falta de perspectiva que una remotísima posibilidad. Al contrario, la tendencia indica que, incorporando las nuevas tecnologías y recogiendo la realidad cultural en la escuela, la figura del docente se hace más necesaria e imprescindible que antes.

educativo para la sociedad de las nuevas tecnologías de la información ya está replanteando, a su vez, una redefinición en los roles de sus principales protagonistas: educador y educado.

En un marco usual asociaríamos «educador» a profesor y el «educado» sería el alumno. Sin embargo, estos dos polos del proceso de enseñanza-aprendizaje clásico se están viendo visiblemente variados. No sólo porque los alumnos sean más «competentes» en algunas destrezas que sus profesores, sino porque –en relación a medios y nuevas tecnologías– los propósitos pedagógicos y didácticos están modificando el papel de cada uno y la relación entre ambos.

A partir de la presencia de los medios tanto en la sociedad como en la escuela, el papel del alumno, ya sea por su formación «para» o «desde» ellos, queda trastocado. Y no sólo se modifica su relación con el profesor o la escuela, sino con el saber mismo. En la medida que aparece una amplia gama de fuentes –desde los medios de masas a los nuevos canales– y se consigue un fácil acceso a la información, se impone un planteamiento menos lineal y más intuitivo, distanciándose la concepción del «saber monolítico» o el «saber constituido», y surgiendo una visión más cercana al «conocimiento como construcción».

Así, la función del docente ha dejado de ser fuente única directa y primaria de información. Pero, ¿ahora qué?, ¿cuál es el nuevo papel? Evidentemente, es un rol distinto. Se ha de potenciar, de esta manera, la figura de un educador que de mero retransmisor de saberes se convierta en activador de procesos, estimulador de inquietudes, coordinador y sistema-

tizador de experiencias. Ha de educar para la realidad potenciando las interrelaciones escuela-sociedad.

Y a partir de aquí, ¿cómo será la relación con los alumnos? El cambio en los roles tradicionalmente desempeñados por las personas que intervienen en el acto de enseñanza-aprendizaje, llevan: por un lado, a que el profesor

alcance una dimensión más importante como tutor del proceso didáctico y diseñador de situaciones educativas; por otro, a que el alumno pueda romper con el modelo tradicional de comunicación y pueda interaccionar de manera diferente con compañeros y profesores, de dentro o de fuera de los muros del aula.

3. Una renovación sin miedo

Así, la institución educativa debe redefinirse para alejarse del atributo de «escuela cuartel» o «escuela guardería» que se le ha asignado si realmente se pretende una enseñanza de calidad para todos. El objetivo es reivindicar un modelo de enseñanza crítica y reflexiva capaz de formar para los medios y desde las nuevas tecnologías, respondiendo a

los actuales retos académicos y educativos, laborales y sociales, y por supuesto, el desafío cultural. En este sentido, el Sistema educativo, debe iniciar nuevos caminos, transformándose y superando sus limitaciones, constituyéndose en un factor de igualdad social y de desarrollo integral del individuo.

Y siempre desactivando los miedos –al futuro o al pasado– que niegan y limitan una auténtica transformación social, alejada de apriorismos y centrada en la reflexión crítica. Ya en el umbral del siglo XXI se ha de avanzar en el entendimiento de que el mundo, la vida y la realidad están en crisis y en cambio perma-

La institución educativa debe redefinirse para alejarse del atributo de «escuela cuartel» o «escuela guardería» que se le ha asignado si realmente se pretende una enseñanza de calidad para todos. El objetivo es reivindicar un modelo de enseñanza crítica y reflexiva capaz de formar para los medios y desde las nuevas tecnologías.

nente. Ésta es la manera de perder el temor al cambio, entendiendo al individuo y a la sociedad –siempre diferenciados, nunca por separado– como un todo dinámico y en constante movimiento.

Referencias

ADELL, J. (1997): «Tendencias en educación en la sociedad de las tecnologías de la información», en *Edutec*, 7; <URL: <http://www.uib.es/depart/dceweb/revelec7.htm>>.
 AGUADED, J.I. (1997): «La televisión en el nuevo diseño curricular español», en *Comunicar*, 8; 97-109.
 APARICI, R. (1997): «Educación para los medios» en *Voces y Culturas*, 11/12; 89-100.
 BARTOLOMÉ PINA, A. (1996): «Preparando para un nuevo modo de conocer», en *Edutec*, 4; <URL: <http://www.uib.es/depart/dceweb/revelec4.htm>>.
 BRUNNER, J.J. (1996): «¿Fin o metamorfosis de la escuela?», en *Nómadas*, 5; 32-34.
 CABERO, J. (1996): «Nuevas tecnologías, comunicación y educación», en *Edutec*, 1; <URL: <http://www.uib.es/depart/dceweb/revelec1.htm>>.
 CASTELLS, M. (1986): *El desafío tecnológico. España y las nuevas tecnologías*. Madrid, Alianza.
 CASTELLS, M. (1996): *La era de la información*. Madrid, Alianza.

CASTRO, R. (1995): «Nuevas modalidades de transmisión cultural y cambios en la educación», en ACUÑA LIMÓN, A.: *Nuevos medios, viejos aprendizajes. Las nuevas tecnologías en la educación*. Méjico, Universidad Iberoamericana.
 ESCUDERO, J.M. (1992): «Del diseño y producción de medios al uso pedagógico de los mismos» en DE PABLOS, J. y GORTA C. (Eds.): *Las nuevas tecnologías de la información en la educación*. Sevilla, Alfar; 15-30.
 KAPLÚN, M. (1987): *El comunicador popular*. Buenos Aires, Humanitas.
 KAPLÚN, M. (1997): «Pedagogía de la comunicación», en *Voces y Culturas*, 11/12; 69-88.
 MARTÍN BARBERO, J. (1996): «Heredando el futuro. Pensar la educación desde la comunicación», en *Nómadas*, 5; 10-22.
 MASTERMAN, L.: *La enseñanza de los medios de comunicación*. Madrid, De la Torre.
 PÉREZTORNERO, J.M. (1996): «¿Qué es consumir medios de comunicación? Claves para su comprensión» en *Comunicar*, 7; 15-21.
 PÉREZTORNERO, J.M. (1997): «Educación televisión», en AGUADED, J.I. (Dir.): *La otrmirada a la tele*. Sevilla, Junta de Andalucía; 23-28.
 SANCHO, J. (1994): «Latecnología: un modo de transformar el mundo cargado de ambivalencia», en SANCHO, J. (Coord): *Para una tecnología educativa*. Barcelona, Horsori.

• **J. Luis González Yuste** es profesor en el IES «Ferrer i Guardia» en Barcelona y miembro del Gabinete de Comunicación y Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona.



© Enrique Martínez-Salanova '98 para COMUNICAR